

REVISTA LITERARIA

DEL AVISADOR CORDOBÉS.

PERIÓDICO SEMANAL.

Grátis para los señores suscritores al Avisador.

LA MUERTE DE ASDRUBAL.

CUENTO (1).

I.

Era una oscura y tempestuosa noche del año 532 de la fundación de Roma; negros nubarrones cubrían el cielo, dejando apenas entrever algunas estrellas, que resplandecían entre las tinieblas, como diamantes esparcidos sobre un paño mortuario. Cartajena acabada de edificar por Asdrubal con el nombre de nueva Cartago, asomaba las cúpulas de sus recientes edificios por encima de los collados que defienden su seguro puerto. Sus moradores entregados al sueño reposaban tranquilos. Al ruido y agitación, propios de una de las ciudades más populosas que poseían los cartajineses en España, al estrepitoso sonido de los instrumentos bélicos, y gritería de los soldados que en todas partes reunía Asdrubal, preparándose para la guerra contra los romanos, que ya parecía inevitable, había sucedido el más profundo silencio, interrumpido solo por los tumbos de las olas del Mediterráneo, que majestuosas y lentas venían á estrellarse sobre la playa.

Solo dos hombres no disfrutaban del común sosiego; y parados delante de la fachada de un palacio, que por lo suntuoso indicaba ser la morada de algún poderoso magnate, manifestaban bien que un objeto importante los detenía á aquellas horas en semejante sitio. Fácil era conocer por la diferencia de trajes la que mediaba entre la calidad de los dos personajes, si no lo reveláran á primera vista el arrogante y noble continente del más joven, y la res-

petuosa apostura del que parecía contar algunos años más. El primero tenía fijos los ojos en una de las ventanas del edificio que estaba en frente, y su semblante revelaba al mismo tiempo la mayor impaciencia; mientras que su compañero, siempre á una distancia respetuosa, procuraba resguardarse con su largo manto del frío viento de mar, que soplaba con violencia.

Nada! (dijo al fin el joven rompiendo el silencio, pero sin apartar la vista de la ventana), ni la menor señal, y ya la luna debe estar en la mitad de su carrera. Si no lo impidieran esas nubes que cubren el cielo, podríamos saber si ha llegado la hora, pero está la noche tan oscura.—Muy oscura, señor (respondió el otro acercándose lentamente), y luego este viento de mar que se ha levantado hiela la sangre en las venas.—La tuya necesita poco para helarse; pero la mía hierve ahora con más violencia que nunca. ¿Qué podrá detener á Olimpia? La hora concertada para su fuga debe ser ya, y sin embargo en su ventana no aparece la señal convenida.—Permitid, señor, que vuestro esclavo se atreva á manifestar su admiración: el grande Asdrubal, el sucesor de Amilcar en el gobierno de España, aquel que ha estendido en ella aun más allá del Ebro el dominio de la república, y del que se esperan mayores hazañas, dedica las horas que le quedan para descansar de sus nobles fatigas á robar la esposa de un anciano!—Basta, esclavo, basta (repuso Asdrubal con impaciencia), mis acciones deben ser sagradas para tí; y si hasta ahora te he permitido censurarlas, de hoy en adelante te lo prohíbo. Yo no robo á Olimpia, ella me ama aun antes de ser esposa de Tago; y si le entregó su mano fué solo enojada, cuando supo el enlace que me vi obligado á contraer con una princesa celtibera, para granjearme la voluntad de los naturales del país; pero su enojo no ha durado más que el tiempo de mi ausencia; mis protestas de amor han encendido otra vez en su corazón el fuego que estaba próximo á apagarse, y esta

(1) El título de cuento, que ponemos al frente de esta producción, nos dispensa de toda responsabilidad histórica.

noche ha determinado huir conmigo y refugiarse en mi palacio. Además, ese anciano á quien tanto compadece, es un enemigo de la república, que acudilló las legiones españolas en la jornada de Castro alto (1); y puede agradecer al amor que profesó á Olimpia el que no haya hecho rodar su cabeza.—La gloria lograria curaros tal vez de ese amor.—La gloria sin la felicidad interior del alma vale muy poco, y esa felicidad solo puede darsela ella; para adquirir la inmortalidad necesito su amor aun mas que mi espada, pues su cariño es el único afecto que hace latir mi corazón; y para que el brazo maneje con brio el acero, es necesario que el corazón lata con violencia en el pecho.—Pero si por un acaso...

Silencio! (le interrumpió Asdrubal con ansiedad) me parece que he oido abrir la ventana. ¡Oh! sí, ella es! ella es! (esclamó con entusiasmo) Se colmaron mis esperanzas!

En aquel mismo instante un rayo de luz que salia por la ventana, dejó ver asomada á ella una mujer que agitaba entre sus manos un lienzo blanco. Contestó el cartajines á aquella señal con tres palmadas, y al momento arrojaron desde arriba una escala, por la que se deslizó rápidamente la hermosa, dejándose caer en los brazos de Asdrubal que se habia adelantado á recibirla.

Olimpia!—Asdrubal!

Fueron las únicas palabras que pronunciaron los dos amantes, selladas con un beso de fuego, á cuyo eco respondió el ruido lejano de un trueno, que retumbando por los aires fué á confundirse con los bramidos de las olas del mar, que cada vez mas embravecidas anunciaban una tempestad.

¡Ah! (murmuró Olimpia sobresaltada), los dioses me manifiestan su cólera, perdon! perdon! Yo le amo.

Y agitada por lo violento de su situación, por su amor y sus remordimientos; se dejó caer desmayada en los brazos de su amante, que estrechándola en ellos con delirio, y poseido de un vértigo amoroso, nada veia mas que las pálidas facciones de la hermosa, resaltando blancas y puras entre las tinieblas, como las de un ángel aparecido en el infierno: nada sentia mas que los latidos de su corazón. Todo lo demás que pasaba en torno suyo lo percibia de un modo vago é incierto, como el recuerdo de un sueño, y embalsamado con el perfume de felicidad que inundaba su alma: los relámpagos que se sucedian rápidamente unos á otros; el estampido cada vez mas cercano del trueno; los bramidos de las olas, y el espantoso zumbido del viento: todo el estrépito en fin de la tempestad que arreciaba por momentos, le parecia un concierto suavísimo que arrullaba el sueño de su amada, y cuya armonía resonaba en sus oidos mezclada á aquellas dulces palabras: yo le amo!

(1) Según Tito Livio así se llamaba el lugar donde se dió la batalla en que fueron derrotados los cartajineses al mando de Amílcar por los réquios de España reunidos, quedando entre los muertos el mismo Amílcar.

Mas pronto vino á sacarle de su arrobamiento el esclavo agarrándole fuertemente del brazo.—Partamos, le dijo, partamos al momento de aquí. Nos observan desde arriba: la luz que dejó Olimpia en su habitación la han apagado de repente. He visto asomarse un hombre á la ventana, observarnos y desaparecer al momento.—Viven los dioses! (esclamó Asdrubal ardiendo en cólera), que sea quien fuere ha de pagar bien cara su curiosidad. El momento de ventura que me ha arrebatado vale mas que toda su sangre; ¡ah! me ha hecho descender del cielo á la tierra. Pero esta infeliz (continuó con tono mas sosegado, y fijando sobre Olimpia una tiernísima mirada), esta infeliz necesita de socorro; vamos pues. Levantó entre sus brazos la hermosa desmayada y desapareció rápidamente seguido del esclavo.

Aun se percibia en las calles cercanas el ruido de sus pasos mezclados al rumor de la lluvia que empezaba á caer, cuando se abrió una puertecilla secreta, fabricada en un ángulo del palacio. Un hombre embozado en un largo manto apareció en el umbral, observó con atención por algunos momentos; y cerrándola despues cuidadosamente por fuera, se encaminó por el mismo lado que habian desaparecido los raptos. La oscuridad no dejaba distinguir sus facciones.

II.

En una retirada estancia del palacio de Tago estaba este reclinado en un sillal. Un rayo del sol naciente, que penetraba por una ventana, iluminaba su venerable cabeza, cubierta de canas, y dejaba ver sus facciones, en las que se retrataban los sentimientos encontrados que agitaban su alma; ya triste y meditabundo escondia su frente entre las manos, como si las ideas que batallaban en su cerebro le abrumasen hasta el extremo de no poderla sostener elevada; ya exhalaba dolientes ayes de su pecho, y una lágrima dolorosa asomaba en su pupila; pero antes de desprenderse, la secaba el fuego abrasador que salia repentinamente de sus ojos. Entonces sus facciones tomaban una espresion feroz; no era ya el anciano débil y abatido, era un jóven con la sangre hirviendo en las venas, y el corazón combatido de las mas violentas pasiones.

De pie en frente de él con los brazos cruzados, y la cabeza reclinada sobre el pecho, estaba un esclavo, que con la mirada fija en su señor, seguia todos sus movimientos y parecia participar hasta de sus afectos. Aquel hombre era un prisma mágico en que se reflejaban los sentimientos que alteraban las facciones de su amo. Si este manifestaba pesar, su rostro tomaba un aire abatido y melancólico; si cólera, del pecho del esclavo se arrancaban hondos ruidos semejantes al resuello comprimido de un tigre que acecha su presa: parecia encadenado por una influencia magnética á padecer y sentir con él.

(Se concluirá.)

Á UNA NIÑA.

Oye, niña, en tu contento
mis canciones amorosas,
y no se pierda mi acento,
cual se pierden en el viento
los pétalos de las rosas.

¡Tú, sin temer los engaños
del mundo con tu candor!
¡Tú sin temblar por sus daños!
¡Niña de tan pocos años
en las borrascas de amor!

Tú del cielo, hermosa mía,
bajaste para consuelo
á esta sociedad impia,
porque de ella es la falsia,
y los ángeles del cielo.

El mundo nuestros placeres
con su ceño furibundo
tornar sabe en padeceres;
si yo te quiero, y me quieres...
¿qué nos importa ese mundo?

Codicia el hombre en mal hora
con desenvuelta ambicion
cuanto este mundo atesora;
al que de veras adora
le basta su corazón.

Será tu amor sin enojos
mi pradera encantadora
floreceda y sin abrojos,
y la lumbre de mi aurora
será la luz de tus ojos.

Tu tierna voz elocuente,
cuando digas que me amas
imitará dulcemente
ya el susurrar de las ramas,
ya el murmurar de la fuente.

Esplendor, gloria... ¿qué son?
¿qué aprovecha en conclusion
ese anhelar infecundo?..
Ven á mis brazos, y un mundo
será nuestro corazón.

Ven, hermosa, y no abandones
esas esperanzas bellas,
néctar de los corazones....
Aunque falsas ilusiones,
déjame vivir con ellas.

Todo en la tierra es falsia,
menos el luto y dolor.
Déjame tú, vida mía,
que mi ardiente fantasia
vuele á otro mundo mejor.

Tú no temes los amaños
de esta tierra corrompida;
sin la esperanza perdida
no se lloran desengaños
en el dintel de la vida.

Yo anhelé con frenesí
para el triste corazón
un gérmen de gloria aquí,
cuando ángel de bendicion
te trajo Dios para mí.

Y en esa cautividad
que en tu amor tan solo fundo
cifro mi felicidad,
porque es tu amor la verdad....
¡ó no hay verdad en el mundo!

P. García.



REVISTA TEATRAL.

La rueda de la fortuna, segunda parte. Se ejecutó el Domingo anterior; pero como ya está juzgada sobradamente cuando se estrenó en el año último nos abstenemos de hablar de ella: su ejecucion tubo de todo.

Bandera contra bandera; drama de D. Victor Balaguer: se puso en escena el Mártes á beneficio del primer bolero D. Carlos Atané. Este drama merece con razon la buena fama de que disfruta: tiene lindísimos versos, pensamientos magníficos y bien desenvueltos, y escenas interesantes, que desde luego revelan en el autor un génio destinado á figurar entre los primeros poetas de nuestro siglo. Un solo defecto le notamos, y es alguna frialdad en el final. La ejecucion fué buena generalmente: la Sra. *Albacete* lució sus buenas dotes.

Quince años há, ó los incendiarios de Paris, se ejecutó el Jueves. Como este drama ya cuenta muchos años de fecha, y se ha visto tantas veces en este teatro, escusamos ocuparnos de él. Su desempeño fué bueno por parte de las Sras. *Albacete* y *Martinez*: los demas actores estuvieron bastante regular. El aparato, como siempre, mezquino y poco análogo.

Esta noche se ha de ejecutar el famoso drama fantástico de D. José Zorrilla, titulado: *D. Juan Tenorio*, de que nos ocuparemos en el número inme-

diato. Sabemos que se han invertido algunas sumas en la elaboración de los efectos necesarios para su aparato, de todo lo que nos reservamos el juzgar para su tiempo oportuno.

GRANADA!!!

Allí está sobre un lecho de esmeralda,
Rica y bella, del árabe delicia,
La dormida matrona,
Como hermosa primicia
De la Nevada Sierra, que á su espalda
Cual penacho de plata la corona.

Allí está la envidiada del Oriente,
Por el *Genil* regada,
Que impregnando de aromas el ambiente
Es de flores y frutas adornada,
Y por *Dáuro* profundo,
Que hacen su vega ser jardín secundo.

Allí está con su Alhambra portentosa,
Del curioso viajero maravilla;
Digna de régia silla
Por palacios y fuentes,
Pues á ninguna cede por hermosa
De cuantas pueblan españolas gentes.

Allí está con sus cármenes y prados
Que riegan cristalinos arroyuelos;
Sus estensos sembrados,
Sus frutos y sus flores,
Que ahuyentan los desvelos
En la bella estación de los amores.

Los alegres pintados gilguerillos,
La calandria canora,
Pueblan los perfumados bosquecillos,
Y al anunciar la aurora
Hacen palpitar el pecho de alegría
Con sus dulces conciertos y armonía.

En el estenso pabellon del cielo
Grato es mirar á la naciente luna
Cual lámpara de plata
De las nubes rasgar el denso velo,
Y ver rielar su luz en la corriente
Del *Genil*, que susurra mansamente.

El purísimo azul de tu horizonte
De millones de estrellas tachonado,
Ilberis risueño,
Consuela al desdichado,
Que en tus vergeles de continuo sueña
Y respira tu ambiente perfumado.

Que del *Genil* en la secunda orilla
En una noche clara y silenciosa

Se olvida el padecer y la amargura;
Y se deshiza plácida y sencilla
La vida borrascosa
Que antes nos presentó la desventura.

¡Feliz mil veces quien nació en tu seno,
Y por su estrella no se vió forzado
A sufrir los rigores
De su enemigo hado!
Feliz mil veces quien halló fortuna
Y en alas de tu amor tornó á su cuna!

Bella Granada, dulce patria mia,
¡Cuánto por tí suspira en su desvelo
Un corazón constante!.....
Si vuelvo á ver tu suelo,
De entusiasmo y placer y de alegría
Un himno entonará mi pecho amante.

JOSÉ GONZALEZ ZORRILLA.

REMITIDO.

CHARADA.

Mi primera y mi segunda
lo hace yo por la mañana,
y la segunda y la cuarta
el calendario señala
para anunciarnos la atmósfera
de una á otra temporada.
Un profesor de escritura
te dicen mi tercia y cuarta,
que á poco que reflexiones
pronto la duda desatas.
En las iglesias verás
el todo de esta charada
el Jueves Santo, pues es
ceremonia celebrada
en otro tiempo por Cristo
con humildad estremada.

ANTONIO MARIA LOPEZ Y RAMAJO.

ERRATA.

En la oda záfica á la Luna del número anterior, dice el verso undécimo: *ni ofusca tu esplendente disco*, debiendo decir: *ni ofusca osado tu esplendente disco*.

CÓRDOBA:—Establecimiento tipográfico de GARCÍA
Y MANTÉ, calle de la Librería núm. 2.